



EL HOMBRE DEL PARAGUAS, QUE SE SIENTE ENGAÑADO POR EL PAISAJE

Uno de los tipos más grises que viven en mi mundo de hojalata es el hombre del paraguas de colores. Para empezar, es difícil descubrir que es un hombre con paraguas. Yo tardé muchos años en saberlo, porque aunque recordaba haberlo visto cientos de veces en mi niñez en el escaparate de alguna juguetería, nunca pude suponer que esa especie de hélice abatida sobre su cuerpo, como los pétalos de una flor marchita, fuera en realidad un espléndido paraguas.

Sólo cuando lo compré, en el madrileño Rastro, e hice girar el vástago de metal que lo atraviesa de arriba abajo, conseguí que los gajos de hojalata se abriesen, y me mostraran la auténtica cara de un paraguas aerodinámico de atractivo colorido. Por fin aquel hombrecillo tenía razón de ser para mí.

La Providencia hizo más que bien en dotarle de un vistoso paraguas, porque si no el hombrecillo habría permanecido para siempre en el más oscuro de los anonimatos. Aunque lleva un pintoresco bombín y un curioso atuendo, mezcla de chulo madrileño y de detective a lo Poirot, es bastante feo. Tiene la cara azulada, como si presagiara mala salud. Posiblemente haya padecido diabetes. Además es adiposo. No se, no se. Muchos que he conocido como él amanecen una mañana y se mueren cuando esperaban

en la cola de una ventanilla de la delegación de Hacienda. En fin, quiera Dios que tarde en llegarle el momento.

Aunque no fuera así, yo recordaría siempre su enternecedor optimismo. Echarse al ruedo de la vida pegado a un paraguas en una tierra como la nuestra, curtida de lacerantes sequías, me parece un rasgo de romanticismo rayano en lo surrealista. ¿Dónde se creería que estaba el buen hombre?. ¿En el agostado polvorón geológico de la ancha Castilla?. ¿O en la húmeda y verde Irlanda?.

Su "aguafilia"¹¹ me parece en todo caso factor muy positivo de su personalidad. En la sed de agua y entiéndase esto en el más amplio sentido hay siempre un afán de espiritualidad que trasluce a través de ese primario deseo de limpieza que buscamos en el líquido elemento. El agua nos lava la atmósfera, lo que en estos tiempos no es moco de pavo. Nos lava el paisaje. Nos lava la ropa, Nos lava el cuerpo. Nos lava incluso la conciencia. No se qué tiene de nostálgica la lluvia, pero el caso es que al verla caer y al oír su runruneo sobre el tejado o las contraventanas, nos sentimos deslizar por el túnel del tiempo rumbo a la infancia. Nuestro espíritu, da marcha atrás, se ingenuiza. El agua lava también nuestros pecados de adulto y nos convierte en almas delicadas y sensibles, como las de los niños.

De un tiempo a esta parte, la lluvia ha ganado muchos puntos en la escala de valores de la gente. Cuando yo era pequeño era generalmente odiada. Hoy ya casi todo el mundo se ha dado cuenta de que sin lluvia no sólo corremos el peligro de no poder tirar de la cadena para decir adiós a nuestros excrementos, sino que también estamos expuestos a quedarnos sin beber. Probablemente habría que dar un vuelco al lenguaje meteorológico, y llamar al "mal tiempo" de nuestros padres "buen tiempo" y viceversa. La pobre lluvia, tan denostada, se ha rehabilitado, en un proceso paralelo al de la purificación de María Magdalena. Con una diferencia, y es que la prostituta fue perdonada a base de mucho llanto, y la lluvia ha ganado fama precisamente después de su resistencia a derramar lágrimas.

Con la escasez de lluvias el hombre del paraguas debe haber sufrido una importante decepción. En esto somos almas gemelas, puesto que para mí descubrir el secarral sobre el que se levanta nuestro mundo ha supuesto un desengaño respecto a la idea de la naturaleza que me formé de niño. Entonces era aficionado yo, como todos los niños, a leer muchos cuentos. Y en los cuentos era muy frecuente la presencia del bosque. Recuerdo bosques frondosos y espesos, gruesos árboles de majestuosa copa, verdes

praderas y ríos cristalinos. En aquellos jardines naturales vivía una simpática fauna: ardillas, conejos, marmotas, aves de toda clase, lobos que perseguían a Caperucita...

Cuando me legó el uso de razón (algunos dudan de que se haya producido ese momento) me di cuenta de que la naturaleza que había a mi alrededor se parecía bien poco a la que había visto en los cuentos. Pocos bosques rodeaban mi ciudad, pero los que había eran raquíticos, y apenas cobijaban algún gorrión despistado. Por otra parte, salvo en primavera u otoño, el campo mostraba su tez parda y sombría, bien distinta de la suave y fresca epidermis de los paisajes en los que pululaban Blanca Nieves y su corte de viejos verdes pigmeos. La situación, naturalmente, no ha variado con los años. La geología y el clima de nuestra meseta no cambia en unos pocos lustros, y de ahí que hoy como cuando empecé a razonar, me sienta defraudado. ¿Dónde está la tierra de promisión?.

Se me dirá que muchas zonas de España podrían prestar sus bosques para las fantasías eróticas de Caperucita y el Lobo. Pero eso no justifica la estafa de la que he sido objeto. Los paisajes de los cuentos estaban aquí, en Madrid, en mis manos. Los umbríos bosques gallegos, e incluso los pinares de Balsaín que dan lejos del radio de acción normal de un niño. Hasta que no cumplí quince años o así no tenía idea de qué es lo que había al otro lado de Guadarrama, y con el polvoriento encinar de la Casa de Campo nunca me sentí satisfecho.

Esta es en gran parte la explicación de mi desmesurada afición por Inglaterra. Cuando tuve la suerte de pasear por uno de sus espléndidos bosques y vi conejos, zorros, ardillas y faisanes, comprendí que tal vez podría sorprender al Lobo Feroz acosando a Caperucita, e incluso evitar la violación de la estúpida niña. Además de feraces bosques conocí verdes valles, por cuyos lechos se deslizaban arroyos transparentes, como los arroyos de toda la vida que, sin embargo, jamás había visto en mi Madrid. A sus orillas, tal vez un viejo molino, de cuya chimenea emergía una espesa columna de humo blanco. En los prados, caballos percherones, pacíficas vacas. Y al final de un camino que serpeaba un vallecico arriba, una diminuta casa en medio de un floreado jardín en el que quizás tendía la ropa la abuela de Caperucita antes de coger las fiebres reumáticas que le llevarían a la cama y, a la postre, al estómago

del Lobo. Todo empapado de un aire húmedo y silencioso, que solo a ratos se rebelaba para hacer gemir a los ancianos árboles del bosque. “¡Cáscaras!” -me dije- “¡Esto sí que se parece a la tierra prometida!”.

Sospecho que al hombre del paraguas le ha pasado algo parecido. Nuestro sol abrasador, tan cantado por poetas y por folklóricas, es una afrenta a su honorable persona. Parece como si su Madrid, que es también el mío, le dijera todos los días: “Tú, gilipollas... ¿Dónde vas con el paraguas?”. Hay que tener mucha paciencia para pasarse toda la vida oyendo esa típica advertencia de listillo. Ya lo creo.

Todo podría cambiar con buenas dosis de lluvia. Con campos verdes y espesos bosques Madrid miraría con más cuidado el suelo que le va robando al campo. Procuraría domesticar éste y hacer de su casco urbano, hoy un cementerio con millones de nichos, una auténtica ciudad jardín. Entonces los niños verían ese paisaje y esos animalitos que con tanto amor describen los cuentos. Y cuando, ya con vello en los sobacos, fuesen llamados adultos, no sentirían esa sensación de engaño, y frustración de la que el hombre del paraguas y yo tanto nos lamentamos en nuestras mudas conversaciones.

Luis Figuerola-Ferretti Gil